

La carrera armamentista mundial y sus efectos en el desarrollo

ISHFAQ AHMAD*

INTRODUCCIÓN

Nuestro mundo está compuesto por alrededor de 150 países: dos son superpotencias, unos 20 son estados poderosos (por su gasto militar, su capacidad industrial, la magnitud de su población, etc.) y el resto puede considerarse formado por pequeños estados que pertenecen de manera predominante, aunque no exclusiva, al Tercer Mundo. La capacidad de combate de todos estos países se acrecienta en diversos grados, por distintas razones y con diferentes consecuencias para el desarrollo. En primer plano aparece la carrera armamentista entre Estados Unidos y la URSS, los cuales poseen, según se estima, un arsenal nuclear combinado que equivale a alrededor de cuatro toneladas de TNT por cada habitante de la Tierra. El aspecto más pavoroso de este exceso de capacidad para matar es la inacabada búsqueda de la superioridad cualitativa y cuantitativa. En efecto, las dos superpotencias son responsables de cerca de 80% del gasto mundial en investigación y desarrollo (ID) para fines bélicos, de 50% del gasto militar global y de más de 70% tanto de la producción total de armas como de sus exportaciones. Próximos a éstas están los estados poderosos que incluyen a algunos de los principales países industrializados, como Alemania Occidental y Francia, y a unos cuantos de los grandes países en desarrollo, como China, la India, etc. La contribución de este grupo al armamentismo general, aunque pequeña si se compara con la de los dos gigantes, causa sin embargo importantes perturbaciones en el escenario internacional; equivale aproximadamente a 30% del gasto militar mundial y a 25% de las exportaciones de armas. Por último, hay algo más de 130 estados pequeños, cuya participación conjunta en el gasto militar del planeta equivale a sólo 20%, mientras que su parte en la producción militar es escasamente de 5%. Así, estos últimos estados desempeñan un papel menor en la tarea de aportar los recursos mundiales de finalidades productivas, aunque sus actividades militares pueden provocar, y de hecho pro-

vocan, desestabilizaciones nacionales y regionales. Si en verdad el armamentismo resulta indeseable desde el punto de vista del desarrollo, como esperamos demostrar en el siguiente análisis, deberíamos tratar de comprender por qué se arman las naciones y qué fuerzas internas y temores externos contribuyen a la psicosis de guerra.

LA CONCEPCIÓN DE LA SEGURIDAD EN LAS GRANDES POTENCIAS

Que un Estado se arme depende en primer lugar de cómo conciba su *seguridad*, un concepto que significa diferentes cosas para distintas personas. Probablemente, la definición mínima de *seguridad* sea la de Walter Lippmann:

“Una nación está segura en la medida en que no esté en peligro de sacrificar sus valores fundamentales si desea evitar la guerra, y en la medida en que, en caso de enfrentarse a un reto, pueda conservarlos mediante una victoria en esa guerra.”

En este contexto, los valores fundamentales comprenderían la integridad territorial, la identidad cultural y la independencia política. En la medida en que una nación se haga más poderosa, crecerán sus “necesidades” de seguridad más allá de esta definición mínima. Para empezar, ya no desea vecinos amistosos, sino obsequiosos (Sri Lanka, Líbano, Afganistán, América Central). Luego acaricia el deseo de desempeñar un papel dominante y aun tiránico en los asuntos regionales (el sur de África y el sur de Asia). Por último, intenta apuntalar regímenes a los que favorece en tierras distantes (Taiwán, Cuba), y se enfurece ante la pérdida de prestigio (la guerra de Viet Nam, la crisis de los proyectiles en Cuba). Tales aspiraciones políticas se ven reforzadas por los intereses creados de un aparato militar-industrial de magnitud y poderío crecientes; como resultado, el país se encuentra preso dentro de una incontrolada espiral armamentista.

Una manifestación de este efecto en espiral es la increíble producción y el asombroso despliegue de armas de destrucción en masa que realizan los dos adversarios gigantes. La disuasión se ha logrado gracias a una enfermiza capacidad de destrucción mutua (*mutually assured destruction, MAD*), pero aún prosigue la locura con el absurdo propósito de acumular un armamento cuyas posibilidades de uso serían cada vez menores. La razón es-

* El autor, ciudadano de Paquistán, presentó este trabajo (cuyo título completo es “Consecuencias de la carrera armamentista mundial en las posibilidades de desarrollo”) en la Trigésima Cuarta Conferencia Pugwash sobre Ciencia y Asuntos Mundiales, celebrada en Bjorkliden, Suecia, del 9 al 15 de julio de 1984. [Traducción del inglés de Sergio Ortíz Hernán.]

triba en que las superpotencias han alcanzado en la actualidad un equilibrio de terror que está casi en el filo de la navaja y en el momento en que se *percibe* una alternación de esa estabilidad, aunque sea mínima, en favor de una parte, la otra exagera su reacción, y así el juego continúa. De hecho, la carrera armamentista ha tomado tal impulso, logrando casi una lógica propia, que parece imposible detenerla sin arrastrar graves consecuencias económicas en ambas partes. Sin embargo, como concluyó recientemente en un estudio Wassily Leontieff, laureado con el Premio Nobel, "virtualmente todas las economías pueden aumentar su producción total y su consumo per cápita en la medida en que reduzcan progresivamente su gasto militar. . ." Así, aun cuando el proceso de desarme debe ser gradual por necesidad, es preciso comenzar lo sólo en interés de las superpotencias sino también en el general del mundo en su conjunto.

La siguiente categoría, después de Estados Unidos y la URSS, está formada por países como el Reino Unido, Francia, etc. Fueron potencias coloniales hace tan poco tiempo que aún padecen la nostalgia de los tiempos pasados. No aceptan todavía que han sido desplazados como actores principales de la escena mundial. Acaso sea en parte por un acto de autoafirmación que algunos de ellos decidieron construir su propio arsenal nuclear, pese a que sus recursos son muy inferiores a los de las superpotencias. Es más, se han esforzado por convertir los armamentos en una parte significativa de su actividad económica. La venta de armas, abierta y clandestina, constituye un vivaz negocio en esos países; por tanto, han capturado una parte considerable del mercado de exportación de armamentos, sobre todo en el Tercer Mundo. También para ellos "transformar las espadas en arados" será un proceso lento y gradual debido a razones económicas.

Finalmente, tenemos a los que aspiran a ingresar en el club de las grandes potencias: estados que han desarrollado suficiente musculatura militar como para intimidar a sus vecinos con vistas a expandir sus esferas de influencia. Ejemplos de esto pueden encontrarse en el sur de África, en el Medio Oriente y en el sur de Asia. Sus características comunes son la intolerancia y la beligerancia dirigidas sobre todo contra países más pequeños y más débiles, situados en sus periferias. Estos aspirantes a potencias de bolsillo, con sus mal disimulados propósitos hegemónicos, representan una amenaza inmediata para la seguridad de los estados más pequeños en las regiones respectivas.

PREOCUPACIONES DE LOS ESTADOS PEQUEÑOS EN RELACIÓN CON LA SEGURIDAD

Examinaremos ahora las preocupaciones sobre seguridad, principal motivo de que se arme el grupo más numeroso de países, es decir, los alrededor de 130 pequeños estados del mundo, situados en su mayoría en las etapas inferiores del desarrollo. ¿Cómo pueden estos liliputienses de la Tierra salvarse de ser pisoteados por los gigantes, sobre todo por sus gigantescos vecinos? ¿Cómo pueden evitar que sus territorios sean escenarios de guerras emprendidas por cuenta de las potencias mundiales o regionales? Estos temas y otros relacionados con ellos son de particular importancia para la seguridad de los estados pequeños de Asia, África y América Latina, aunque sus similares en Europa tampoco están enteramente libres de estas preocupaciones.

En el Tercer Mundo los peligros son mayores y también ahí el punto de ignición es más bajo que en Europa, por diversas razones. En primer lugar, la mayoría de los habitantes de los países en desarrollo experimentan por primera vez la conciencia de su

identidad nacional, tal como ocurrió con las naciones europeas durante las guerras napoleónicas y después de ellas. En segundo término, esta conciencia naciente hace que la gente sea más sensible a las disparidades de las condiciones socioeconómicas y políticas y, por tanto, que esté menos satisfecha con el *statu quo*, tanto dentro como fuera de las fronteras nacionales. En tercer lugar, la euforia y la mayor amplitud de miras que imperaron después de levantarse el yugo colonial han propiciado que las fronteras estatales se consideren como algo artificial.

No obstante, y habida cuenta de su limitada capacidad bélica, los estados pequeños han seguido en su mayoría una política defensiva, más que ofensiva. Su objetivo no es la búsqueda del poder, sino la preservación de lo que ya tiene. Los problemas de esos estados han consistido, en primer lugar, en cómo evitar, mitigar o posponer los conflictos; en segundo, cómo resistir a una fuerza superior, una vez desatado el conflicto. Este binomio de problemas se relaciona, en su orden, con las esferas de la diplomacia y la estrategia militar, los dos principales instrumentos de la política exterior.

En la esfera de la diplomacia, desempeñan un importante papel en la protección de la seguridad de los estados pequeños los conceptos de no alineación, zonas de paz, zonas libres de armas nucleares, tratados y alianzas regionales y bilaterales, todos ellos apoyados por una política exterior activa e informada. Por tanto, lograr que esos conceptos sean una realidad debe considerarse como un esfuerzo valioso en la búsqueda de la paz. Sin embargo, también es preciso entender, y reconocer claramente sus limitaciones. Ocurre muy a menudo que, en el momento de la verdad, un Estado pequeño quede abandonado a su suerte. En tales ocasiones, resultan esenciales para la seguridad una capacidad bélica independiente, aunque acaso limitada, y un armamento adecuado. Otros componentes importantes para garantizar la seguridad son el poderío económico y la capacidad tecnológica, junto con una distribución equitativa y con la justicia social. No debe perderse de vista el sencillo apotegma de que así como una paz segura aporta el ambiente necesario para el desarrollo socioeconómico, de igual manera éste resulta vital para la seguridad de un Estado pequeño en el mundo de nuestros días.

DESARROLLO Y DESARME

A lo largo de los últimos ocho decenios, la población mundial se ha multiplicado por tres, elevándose de cerca de 1 600 millones de habitantes a más de 4 500 millones, hecho sin precedente en la historia de la humanidad. A pesar de esta explosión demográfica, si se consideran las disponibilidades per cápita, el hombre actual está mejor alimentado y vestido, recibe mejor educación y mejor cuidado de la salud y obtiene mayores beneficios de los recursos naturales de la Tierra que lo que fue posible en cualquier era de la historia. No obstante, las cosas distan de estar bien, los promedios sólo enmascaran una amarga, dura realidad. Persisten enormes diferencias entre distintos grupos humanos; de hecho, tales disparidades son más agudas que nunca. Por un lado, hay una enorme riqueza de la cual disfruta sólo una pequeña parte de la población mundial. Por otro, una vasta mayoría lucha por la sola supervivencia y hay millones de personas que viven en la más abyecta pobreza y casi mueren de hambre. De igual modo, si vemos sólo un lado de la moneda, nos encontramos con alrededor de 150 estados, grandes y pequeños, que están libres del dominio colonial. Sin embargo, por la otra cara encontramos que un considerable número de esos mismos estados es víctima del neocolonialismo, la hegemonía y el dominio de las superpo-

los recursos financieros, técnicos, humanos y de otra clase, de manera positiva para el desarrollo de la sociedad? Si así fuese, ¿porqué hablar de desarme? Entonces, los objetivos de un Nuevo Orden Económico Internacional se lograrían estimulando a los países en desarrollo a fortalecer su capacidad militar, de suerte que sus programas de desarrollo socioeconómico resultasen beneficiados por ese esfuerzo bélico creciente.

Antes de examinar esta falacia, debo señalar que la desigualdad socioeconómica actual entre los países en desarrollo y los desarrollados no es producto de algunos acontecimientos recientes; muy por el contrario, es el resultado neto de más de 200 años de subyugación colonial de los países en desarrollo por un puñado de naciones hoy desarrolladas que, sin discriminación alguna, explotaron los recursos humanos y materiales de sus colonias en beneficio propio. De hecho las potencias colonialistas mantuvieron por las armas su dominio sobre las colonias y, de esa suerte, sus cuantiosas erogaciones militares contribuyeron a fortalecer sus propias economías a expensas de aquéllas. Es irónico que los países desarrollados no descarten aún el uso de la fuerza para dominar desde el punto de vista económico y estratégico recursos naturales importantes en los países en desarrollo, pese a que la situación ha cambiado. Un ejemplo que viene al caso es el de la Fuerza de Intervención Rápida (*Rapid Deployment Force*) de Estados Unidos.

Conviene ser más específico en cuanto al concepto de desarrollo en una perspectiva general. En mi opinión, el desarrollo, en su verdadero sentido, entrañaría el mejoramiento de la calidad de la vida de toda la humanidad, de manera que se redujesen significativamente, en un tiempo razonable, las desigualdades socioeconómicas entre los que tienen y los que no tienen, y se utilizaran los limitados recursos naturales del planeta en forma adecuada y benigna para el ambiente. El concepto de desarrollo es muy amplio; incluye numerosos aspectos del cambio socioeconómico, y no sólo el crecimiento de la economía; sin embargo, este último sigue siendo el factor singular más importante, del cual depende el progreso de casi cualquier otro aspecto del proceso de desarrollo.

Conviene recordar que el mundo utiliza en la actualidad, para propósitos militares, cerca de 5% de su producto bruto, 20% del inventario total de científicos e ingenieros dedicados a ID, una cuarta parte del gasto financiero global destinado a esta última actividad y una apreciable fracción de la oferta total de escasos combustibles y otros minerales. También debe tenerse presente que la mayor parte de este consumo ocurre en los países desarrollados. Surge entonces la siguiente pregunta: ¿tiene esta tan cuantiosa desviación de recursos de los países desarrollados hacia actividades militares efectos adversos en sus economías? Si comparamos las erogaciones militares (como porcentaje del PNB) de varios países industrializados con la tasa anual de crecimiento de su productividad industrial durante el período 1960-1980, vemos que esos grandes gastos en países tales como Estados Unidos, el Reino Unido y Francia, en comparación con Japón, Dinamarca e Italia, sí tienen consecuencias negativas notorias en su crecimiento económico. Esto es precisamente lo que cabría esperar en vista de que el gasto militar es un uso consuntivo y no productivo de los recursos y drena los de tipo material, técnico y humano, que de otra manera podrían utilizarse en actividades económicas productivas para promover el bienestar del hombre.

En ocasiones se argumenta que los países en desarrollo dedican a las actividades militares una parte tan grande su PNB como

los países industrializados. Se agrega que si aquéllos disminuyeran sus erogaciones para dichos fines, avanzarían considerablemente en la tarea de reducir la brecha socioeconómica que los separa de éstos. Tal manera de razonar hace caso omiso de que las necesidades de seguridad de los países en desarrollo son cualitativamente diferentes de las correspondientes a las naciones hoy desarrolladas. Como se dijo, la mayoría de los países en desarrollo está formada por estados pequeños, recientemente liberados del dominio colonial, afligidos por conflictos fronterizos que provienen de los límites artificiales impuestos, ya de salida, por los gobernantes extranjeros y se enfrentan a luchas internas por el poder y a problemas étnicos. Por todo eso, necesitan disponer de aparatos militares viables, no sólo para conservar la independencia recientemente adquirida y asegurar la integridad territorial, sino también para contar con un factor estabilizador que contrarreste las dificultades internas. Aun así, el gasto militar de la mayoría de esos países es bastante modesto; en el caso de los latinoamericanos, equivale a sólo 1.5% del PNB, y en el de África y los del sur de Asia, a 3%. No obstante, la erogación militar total de los países en desarrollo se eleva a cerca de 5% de su PNB, debido a montos relativamente altos de gasto militar en los países del Medio Oriente (12% del PNB) y del Lejano Oriente (6% del PNB), las dos regiones en que han ocurrido numerosos conflictos armados durante los últimos tres decenios. Puesto que los países del Medio Oriente no están, en general, escasos de fondos, sus programas de desarrollo socioeconómico no han resentido efectos adversos por las erogaciones militares, altas en términos relativos, las cuales en cierto sentido son también necesarias para proteger sus valiosas reservas petroleras. Como la totalidad del esfuerzo militar de ID y más de 90% de la capacidad de producción de armamento pesado se concentra en los países industrializados, el único recurso importante que consumen los países en desarrollo en su esfuerzo militar tiene la forma de asignaciones financieras y de personal para las fuerzas armadas y los servicios relacionados con ellas. Si estos países redujesen su esfuerzo militar a la mitad, con ello ahorrarían alrededor de 100 000 millones de dólares, equivalentes a 2.5% de su PNB conjunto, y liberarían alrededor de 15 millones de personas, equiparables a 1.5% de su fuerza de trabajo total, recursos que podrían canalizarse hacia los programas de desarrollo económico y de bienestar social. En la actualidad, los países en desarrollo gastan alrededor de 25% de su PNB en inversiones productivas y como resultado logran un crecimiento económico medio de alrededor de 4% al año. Así, una disminución de 50% de su esfuerzo militar elevaría, en el mejor de los casos, su tasa de crecimiento económico medio de 4 a 4.5 por ciento al año. Esta mejoría nominal, aunque importante, no sería suficiente ni con mucho para satisfacer los objetivos del Nuevo Orden Económico Internacional.

Sin embargo, una reducción semejante del esfuerzo militar de los países desarrollados tendría mayor importancia tanto para su propio desarrollo socioeconómico como para los países del Tercer Mundo, siempre que los recursos así ahorrados se utilizaran juiciosamente. No sólo se apartarían de los fines bélicos alrededor de 300 000 millones de dólares y 10 millones de trabajadores útiles, sino que también se dispondría para fines pacíficos del equivalente a 10-15 por ciento de los científicos del mundo dedicados a ID, así como igual proporción de los recursos financieros destinados a este último propósito. El esfuerzo civil de ID así acrecentado, lograría mucho en los países industrializados para superar en ellos la actual recesión, además de que ayudaría a resolver los problemas generales de escasez de alimentos y de recursos, contaminación ambiental, enfermedades, etc. Al mismo

tiempo, aun si la mitad de los fondos ahorrados por los países industrializados mediante la disminución de su gasto militar fuese utilizada por ellos para ayudar a los países en desarrollo, se dispondría de un monto de alrededor de 150 000 millones de dólares, o cinco veces el monto de la ayuda oficial para el desarrollo otorgada en la actualidad por los países de la OCDE. Sólo en términos puramente económicos, ese apoyo financiero creciente podría contribuir a elevar en alrededor de 50% la capacidad de inversión de los países en desarrollo de ingresos bajos y medianamente bajos, cuya población total asciende a 3 000 millones de personas, con lo cual se lograría un aumento proporcional de sus tasas anuales de crecimiento económico.

Sin embargo, que se reduzcan las erogaciones destinadas a la defensa en el Norte (donde hay las mayores posibilidades de hacerlo) no significa que esos ahorros queden automáticamente a disposición del Sur para su desarrollo (en donde se necesitan más). Sería necesario un alto grado de esclarecimiento por parte del Norte para comprender que está en su mejor interés contribuir a mejorar el desempeño económico del Sur, a fin de estimular la demanda en el Norte y mejorar de manera importante las condiciones de ocupación y de producción interna en esta última región. Un Sur estable también sería menos propenso a involucrarse en el conflicto político Este-Oeste y, así, cabría esperar una distensión más duradera.

Hoy día existen numerosos programas de desarrollo socio-económico en el mundo, cuyas perspectivas no son muy promisorias debido a la escasez de fondos y a la falta de trabajadores calificados de manera adecuada. Por tanto, una disminución del esfuerzo militar global permitiría mejorar considerablemente la calidad de la vida en el planeta, aportando otras soluciones frente al rápido agotamiento de los recursos no renovables, tales como los combustibles fósiles, y frente a los problemas de degradación ambiental, además de disminuir los riesgos de aniquilación de la humanidad por el uso indiscriminado de armas mortíferas.

OBSERVACIONES FINALES

En el mundo de hoy no se pueden negar dos realidades básicas, como se ha puesto de relieve en el análisis anterior. En primer lugar, el gasto militar se eleva en escala mundial con una velocidad alarmante. En segundo lugar, no hay signo alguno de que se reduzca la brecha entre los que tienen y los que no tienen. Entre estos últimos, resulta particularmente preocupante la situación de los casi 40 países designados como "de menor desarrollo". De 1970 a 1980, su PNB real per cápita se elevó en conjunto a una tasa media anual de apenas 0.6%, en comparación con el promedio de 3.3% correspondiente a todos los países en desarrollo. Durante el mismo lapso, la producción alimentaria per cápita de los menos desarrollados disminuyó 0.9% al año; la tasa de mortalidad infantil es en ellos de 147 por cada 1 000 nacimientos, 13 veces mayor que la media de los países industrializados occidentales; su tasa de alfabetismo a la edad de 15 años es de 27%, casi la mitad de la cifra de todos los países en desarrollo. En vista de estas pasmosas desigualdades, resulta en verdad difícil imaginarse una familia más dividida que la del hombre.

No existe una relación causal directa entre estos dos males (el rápido crecimiento del gasto militar y la permanencia de graves desigualdades); sin embargo, ambos tienen sin duda antecedentes comunes. En primer lugar, son males universales: en todos los países se gasta algo en armamento y existen desigualdades socio-económicas desde casi cualquier punto de vista, sea regional,

nacional, étnico, etc. En segundo término, el actual orden económico y, de hecho, cualquier actividad económica que ocurra dentro de dicho orden, exacerba esos males; así ocurre con el comercio, la ayuda, los préstamos, las transferencias. . . Gran parte de la ayuda para el desarrollo revierte a los países donantes y aun se da el caso de que tal asistencia se reduzca. Así, por ejemplo, la Asociación Internacional de Fomento (AIF) desembolsará sólo 9 000 millones de dólares en los próximos tres años, en comparación con los 12 000 millones otorgados durante los tres anteriores a los 40 países de bajos ingresos que reúnen los requisitos para recibir ayuda de ese organismo. En tercer lugar, ambos males van acompañados por una desintegración moral generalizada, algunos de cuyos síntomas son la desilusión y el consumo de drogas en los países avanzados, y la apatía y la inercia en los países en desarrollo.

Es obvio que se requieren nuevas iniciativas internacionales en lo material y en lo espiritual. Es preciso comprender cabalmente que la concentración de la riqueza más allá de la razón no beneficia en realidad a aquellos que la poseen, y obviamente perjudica a los desposeídos. Hacer conciencia de este hecho debe conducir a acciones positivas, tales como inculcar valores morales y aplicar medidas de justicia social, junto con nuevas iniciativas referentes al Orden Económico Internacional tendientes a lograr en el mundo una distribución más equitativa de los bienes y servicios. También han de darse pasos audaces para apartar los recursos generales del uso dispendioso y potencialmente destructivo con fines militares, para dedicarlos a la inversión productiva y a actividades de bienestar relacionadas con la nutrición, la higiene, la salud, la vivienda y la educación. En relación con esto, debe tenerse presente que, en el caso de los países situados en los peldaños inferiores del desarrollo, la defensa y el avance socioeconómico no son opciones contrapuestas, sino que, en verdad, están vitalmente interrelacionadas. Esos países podrán lograr una adecuada capacidad de defensa, lo mismo que el desarrollo económico, sólo si eliminan el consumo suntuario de la élite y promueven la igualdad.

Es cierto que el mundo en su conjunto debe buscar el desarme; sin embargo, las superpotencias habrán de encabezar los esfuerzos para apartar los recursos del armamentismo y destinarlos al desarrollo, debido a que poseen el grueso de los recursos mundiales y son las que en la actualidad llevan a la práctica políticas que están en conflicto con los intereses de la supervivencia pacífica de la humanidad; además, son los líderes indisputados en el planeta y por ello pueden contribuir de manera muy importante a hacer de éste un lugar más seguro y más sano para vivir. Con elogiada penetración, Henry Kissinger observó:

"Las superpotencias se comportan a menudo como dos ciegos poderosamente armados que buscan a tientas su camino en una habitación; cada uno se considera en peligro mortal frente al otro; cada uno considera que el otro tiene una vista perfecta. Cada uno debería saber que, a menudo, la esencia de la política está formada por incertidumbre, compromiso e incoherencia. Sin embargo, cada uno se inclina por conceder al otro una solidez, una coherencia y una previsión que su propia experiencia contradice. Por supuesto, incluso dos ciegos armados y encerrados en una habitación pueden con el tiempo causarse enormes daños, para no hablar de los que pueden hacer en la habitación misma."

Tenemos una honda preocupación tanto por la habitación como por quienes viven en ella. □